

Crisis actual de la familia: presupuestos fundamentales

Eduardo López Azpitarte

¿ Evolución o revolución?

Hoy se habla con frecuencia, en muchos ambientes, de la crisis por la que atraviesa nuestra familia actual, hasta el punto que algunos autores han llegado a preguntarse si nos encontramos ante una evolución histórica y necesaria en todas las instituciones, o habría que hablar más bien de una auténtica revolución¹. No creo que la respuesta tenga mayor interés para el tema que ahora nos ocupa. En cualquiera de las dos hipótesis hay un hecho bien significativo: la ruptura con el pasado es evidente no sólo cuando se mira hacia otras épocas anteriores de la historia, sino cuando recordamos simplemente la familia de nuestros padres o abuelos. Cuántas veces se oye el comentario —lleno de nostalgia o humorismo, según sea la actitud del que lo hace—: ¡ Cualquier día en mi casa se hubiera permitido esto !

Los síntomas, aunque a veces parezcan pequeños, esconden un cambio llamativo que afecta profundamente a toda la institución. Además de aquellos otros que manifiestan, sin lugar a duda, la profundidad de este proceso evolutivo o revolucionario. Las estadísticas son demasiado universales y confluyentes como para que podamos negar su objetividad, a pesar de las diferencias y matices con que se traducen en las diversas regiones o áreas culturales: la nueva visión de la sexualidad o el matrimonio, frente a la finalidad marcadamente procreadora de antes; la caída de la fecundidad que comienza a ser preocupante en los países industrializados; el fenómeno de la cohabitación, al margen de cualquier compromiso jurídico civil o religioso; la introducción del divorcio en la mayoría de las legislaciones y la consiguiente poligamia — o poliandria — sucesiva que se provoca; el nuevo tipo de relaciones personales que surgen dentro del hogar, cuando se subrayan los derechos individuales, la dignidad y autonomía de cada uno de sus miembros y que

(1) CL. MICHAUD, *Révolution familiale et avenir*, Scien. Esprit 34 (1982) 191-201. De revolución habla también E.SHORTER, *El nacimiento de la familia moderna*, Anexe, Buenos Aires 1977.

repercuten, sobre todo, en el campo de la educación y del trabajo de la mujer, etc.². Todo este conjunto de hechos, que podríán multiplicarse y ser explicados con mayor detalle, dan una configuración diferente al rostro de la familia en nuestro mundo actual. Será posible discutir sobre algún punto concreto, o interpretarlo de otra manera, pero ello no impide hablar de una verdadera y auténtica crisis.

Frente a esta situación, hoy se constatan diferentes posturas, según sea la perspectiva desde la que cada uno se acerca a esta realidad. Aquí, como en tantos otros problemas de la vida, no es fácil analizarla con la razón, ni observarla simplemente con los ojos, sino que la valoramos, sobre todo, a partir de nuestros prejuicios, miedos, ilusiones o intereses. En síntesis, quedarían resumidas de la siguiente manera.

Tres actitudes diferentes: alegría, dolor y conformismo

Una primera se caracteriza por la alegría con que se acepta el fenómeno de la crisis, que lo juzga positivo como un preámbulo que llevará a la completa desaparición de la familia. El ideal consiste en fomentar con todas las fuerzas y modos posibles el resquebrajamiento de una institución que ha imposibilitado, a lo largo de la historia, la génesis de una nueva sociedad más libre, humana y auténtica. Un requiem gozoso por la muerte que se aproxima, como si se tratara de un enfermo molesto e incurable, al que se le acelera el final para que todos queden descansando. Es una condición indispensable para que la humanidad no se estanque en su progreso y mejora, pues la familia —como lo ha podido ser la religión, la moral o el estado— se ha mostrado siempre como una fuerza alienante y terriblemente conservadora³.

(2) Entre la abundante bibliografía sobre este punto, cfr. P. CODINA MAS, *Proceso de cambio de la familia española actual*, Misión abierta 71 (1978) 379-394. J. REMY, *La familia. Discusiones actuales y perspectiva histórica*, Concilium n.º 141 (1979) 8-21. R. BENJAMIN, *Devenir de la famille*, Supplément 33 (1980) 461-473. J.M. VAZQUEZ, *¿Qué modelo de familia impone la sociedad?* Laicado n.º 53 (1981) 41-55. J.EQUIZA, *Cambio cultural y familia hoy*, Lumen 31 (1982) 97-123. S. DEL CAMPO-M. NAVARRRO, *Análisis sociológico de la familia española*, Ministerio de cultura, Madrid 1982. I. ALBERDI, *Un nuevo modelo de familia*, Papers n.º 18 (1982) 87-112. AA.VV., *Familia y cambio social en España*, Centro Investigaciones Sociológicas, Madrid 1982. J.L. RECIO, *Los cambios en la familia española*, Document. Social n.º 50 (1983) 85-103. S. DEL CAMPO, *La evolución de la familia española en el siglo XX*, Alianza Universitaria, Madrid 1982, y *Análisis sociológico de la familia española*, Ariel, Barcelona 1985. J. ELIZARI, *Cuadro socio-cultural y su influencia sobre la pareja*, *Sal Terrae* 73 (1985) 3-12.

(3) Así D. COOPER, *La muerte de la familia*, Ariel, Barcelona 1981. En una obra posterior, *La gramática de la vida*, Ariel, Barcelona, 1978, no se preocupa ya de la muerte de la familia, porque la cree sepultada, sino de buscar su reemplazo por las comunas "en las que el sexo no sea considerado como una propiedad privada" (p. 150). Lo mismo R.D. LAING, *El cuestionamiento de la Familia*, Paidós, Buenos Aires 1971. W. REICH, *La revolución sexual*, Roca, México 1974. R. REICHE, *La sexualidad y la lucha de clases*, Seix Barral, Barcelona 1974. Cfr. M. GOMEZ RIOS, *Nuevas perspectivas de la Institución familiar desde las críticas a la familia tradicional y burguesa*, Misión abierta 71 (1978) 371-378.

Como antítesis a esta primera postura aparece la segunda, que busca con ahínco la defensa y el robustecimiento de la familia para mantener los esquemas y valores tradicionales e impedir su disolución. Frente a la alegría de antes, la crisis se vive en ésta con unos sentimientos de miedo y temor ante la amenaza de un posible desastre, que terminará con una de las instituciones más urgentes y necesarias de la sociedad. Hay que luchar contra los múltiples factores que ponen en peligro su permanencia y oponerse a todos los cambios que la desestabilizan, si no queremos lamentar dentro de poco sus trágicas consecuencias. La tolerancia y permisividad, que hoy se detecta en muchos ambientes, es un signo de cobardía y dejadez. Se requiere una campaña firme que ayude a tomar conciencia de los peligros y sirva para reconquistar el patrimonio y la herencia legada por nuestros antepasados. Muchos interpretan el magisterio eclesial sobre temas familiares desde esta óptica: como un intento, frente a fenómenos muchas veces irreversibles, por recuperar un modelo de familia, que se ha deteriorado en estos últimos tiempos de forma alarmante.

Finalmente cabría otra tercera postura, consecuencia de una cierta confusión y conformismo frente a la realidad que se nos impone. Una realidad demasiado misteriosa y compleja para llegar a comprenderla, y con una fuerza excesiva como para oponerse a ella con posibilidades de éxito. Lo mejor, entonces, es dejarse conducir pacientemente por los acontecimientos, aunque no estemos de acuerdo con ellos, a la espera de que el tiempo, con su eficacia y pedagogía, ofrezca nuevas perspectivas para el discernimiento, suavice las tensiones y antagonismos, y solucione muchos problemas. Si ésto no fuera posible que, al menos, nos dejen ahora tranquilos, y que los que vengan detrás se enfrenten con los problemas que a ellos les toca vivir. Más que de una ideología determinada y explícita, se trata de una actitud práctica y latente en los que no saben, por falta de formación, cómo actuar, o no quieren comprometerse, por sobra de comodidad, con algo que consideran inútil y molesto. No creo exagerado añadir que va siendo una postura bastante mayoritaria entre muchos padres, que experimentan el desconcierto y la impotencia, al mismo tiempo, frente a las nuevas ideología o comportamientos en torno a la familia.

Diagnóstico actual: unos requisitos previos

Ninguna de estas posturas me parecen aceptables, porque ignoran algunos elementos de la problemática, que las hacen incompletas e ineficaces. Cualquier diagnóstico terapéutico, además de ser objetivo, requiere una dosis grande de realismo para que sea eficaz. Y en aquéllas existen ciertos aspectos marginados, que valdría la pena repetir, en orden a un planteamiento posterior de la misma crisis.

Los estudios sobre la familia tuvieron su origen a mediados del siglo pasado y, entre los autores, no existe discrepancia sobre la universalidad de este fenómeno. De una u otra manera, en todas las sociedades humanas, a pesar de los diversos

sistemas de parentesco, se dan los dos elementos básicos de la institución: el matrimonio, que gobierna de alguna forma las relaciones entre marido y mujer, con todo lo que ello implica (modalidades, obligaciones, personas que lo integran etc.); y la filiación, que regula las diversas tareas de la descendencia ⁴.

Los autores, sin embargo, no se ponen de acuerdo cuando buscan la explicación de este fenómeno. Hay teorías para todos los gustos, que no interesan ahora analizar más en concreto, pues lo importante es descubrir las diferentes funciones que la familia ha desempeñado en la historia y sobre todo, de cara al futuro, ver si un día será posible realizarlas por otra institución diferente, que pueda cumplir con esas mismas finalidades.

Funciones básicas de la Institución familiar

Hay una primera exigencia biológica para la reproducción y permanencia de la especie, que se manifiesta en los lazos biológicos entre madre e hijo, como se observa ya en muchos mamíferos. Se trata de una vinculación natural que nos descubre, incluso en estos niveles irracionales, que la procreación no termina con el acto de dar a luz, sino que requiere también una ayuda que proteja y posibilite, al menos durante algún tiempo, el desarrollo posterior. Además de la simple alimentación de las crías, existen otras tareas más "psicológicas" como la necesidad de sentirse seguro y protegido ⁵.

En el hombre estos vínculos se conservan y mantienen de forma más permanente, por ser el animal que nace en un estado mayor de orfandad e indigencia. Sus necesidades son mucho más profundas que las puramente biológicas, ya que el afecto, la confianza, el calor humano, la acogida ... resultan tan importantes como aquéllas para una maduración y crecimiento psicológico. Las anemias afectivas terminan siendo mucho más perjudiciales que la de los glóbulos rojos, porque dificultan la posibilidad de un encuentro amoroso ⁶. El que no ha recibido una dosis suficiente

-
- (4) Sobre este punto puede verse un resumen en M. FERNANDEZ DEL RIESGO, *Sociología de la familia (Función y difusión de esta Institución)*, Cuader. Realid. Social. n.º 10 (1976) 61-96. M. GOMEZ RIOS, *El matrimonio y la familia sujetos de estudio*, Pentecostés 15 (1977) 89-123.
- (5) Recuérdense, por ejemplo, los célebres experimentos de Harlow con macacos. Unos maniqués de alambre y otros, revestidos de felpa, servían para alimentar indistintamente a estos animales, cuando tenían hambre, pero en caso de provocar una situación de miedo, todos corrían exclusivamente a los que estaban recubiertos de pieles para encontrar calor y protección.
- (6) R. SPITZ ha estudiado la importancia de esta relación en los niños. Cfr. *El primer año de la vida del niño*, Fondo de cultura económica, Madrid 1984. También D. STERN, *La primera relación madre-hijo*, Morata, Madrid 1978. Y las interesantes observaciones de M. CABADA, *El amor como energía esencial humanizadora*, Pensamiento 40 (1984) 33-54. J. ARROYO, *Matrimonio tradicional y parejas alternativas*, *Sal Terrae* 73 (1985) 37-46, donde analiza, desde una óptica meramente psicológica, las consecuencias negativas para la educación, cuando se ignoran ciertas exigencias de la naturaleza que termina vengándose con la patología.

de amor buscará siempre al otro para que le llene su propia insatisfacción. La estabilidad de la familia humana se hace, por ello, mucho más necesaria. Algunos creen, incluso, —y la consideración me parece de una riqueza extraordinaria— que precisamente por esta necesidad, el sexo queda limitado en casi todas las culturas, con límites diferentes de tolerancia, al ámbito del matrimonio, para evitar que tales relaciones extramatrimoniales rompan la armonía interna y el clima afectivo indispensable para la tarea educativa.

Algo parecido podría decirse para todo el proceso de sociabilización de la persona, y para el conocimiento y aprendizaje de los valores culturales, éticos y religiosos, que contienen y simbolizan los ideales hacia los que el hombre se orienta. Cuando tal proyecto se cambia, la familia aparece como una fuerza conservadora y como un obstáculo para su realización, por lo que se le ataca y debilita; pero todos buscan su defensa y exaltación, cuando responde a los ideales propuestos. La táctica seguida en Rusia y China, por citar un sólo ejemplo, revela la importancia política otorgada a la familia. Mientras fue una rémora para la revolución, había que destruirla como un elemento inútil y sin sentido; ahora que puede constituir una ayuda para mantener y fomentar el cambio, se convierte en una maravillosa institución. Si se la refuerza es porque ya no hay miedo de que transmita valores burgueses, y porque el mismo Estado se siente incapaz de asumir las tareas que nadie, como la familia, puede realizar ⁷.

Se podrá discutir si algunas de las funciones señaladas por los autores se han dado en todas las culturas y épocas, pero no cabe duda que, entre las varias señaladas — sexual, económica, reproductora, educacional, afectiva, sociabilizadora, de ayuda y apoyo etc. —, algunas de ellas han sido más estables y definitivas, sin que nunca se haya encontrado otras alternativas mejores.

Diferentes modelos históricos

Es verdad también que el ejercicio de estas funciones va a realizarse de manera diferente de acuerdo con los factores socio-económicos y culturales especialmente, dando lugar a estos tres tipos de familia, que se han considerado como más universales y significativos: la feudal, la burguesa y la moderna ⁸. No es

(7) El artículo 1.º de los Principios de legislación sobre el matrimonio y la familia del 25-VI-1968 asigna seis objetivos a esta legislación, entre los que aparece "el reforzamiento ulterior de la familia soviética sobre la base de los principios de la moral comunista", frente a los ataques sistemáticos a la misma institución en los años siguientes a la revolución bolchevique. Cfr. F. RIGAUD, *Quelle famille dans quelle société?* Supplément 28 (1975) 405-424. J.M. IZQUIERDO, *Estado y familia en los países del Este*, Papers n.º 18 (1982) 19-39.

(8) Breve resumen en A. MICHEL, *La familia, institución histórica y cultural* en AA.VV., *La familia, diálogo recuperable*, Karpos, Madrid 1976. Más amplio en su libro *Sociologie de la famille*, Presses Universitaires, París 1972.

necesario hacer un análisis marxista de la historia para comprender la importancia que la economía ha tenido en este proceso; de la misma forma que la cultura ha influido en la configuración de sus cometidos. Y esto no sólo hay que aplicarlo a las diferencias evolutivas que se han dado en la historia, sino a las que coexisten dentro de un mismo momento histórico.

Baste recordar, sin acudir ahora a otros muchos momentos claves, cómo la industrialización abrió las puertas a una sociedad moderna, donde el sector agrario comienza a perder su hegemonía, diluyéndose, al mismo tiempo, todo su marco cultural. Aquellos valores específicos del campo —tradición, sometimiento, religiosidad...— evolucionan también hacia otros diferentes en los que predominan la eficacia, la autonomía, la previsión, la secularidad etc.

Este aumento de los sectores industriales y de los servicios públicos, indispensables para crear y mantener una economía competitiva de producción, originó el fenómeno del urbanismo. Y el paso del pueblo a la ciudad no es simplemente un cambio de domicilio, sino que va a suponer también una nueva visión del mundo y un nuevo estilo de vivir, que condicionará profundamente otros muchos aspectos, como la previsión del futuro, la búsqueda del mejoramiento social, las exigencias de la educación, el trabajo de la mujer, y hasta el mismo descenso notable en el índice de natalidad.

Así se explica también la preponderancia mayor o menor que unas funciones han tenido sobre otras. En una sociedad desarrollada, donde la división entre lo público y lo privado se especifica con claridad, es evidente que el Estado puede ayudar mucho, o incluso suplir, en el ejercicio de estas tareas familiares, como puede ser en el campo de la enseñanza, de la seguridad social, de la salud ... Lo importante, en todo este proceso, es constatar la gran flexibilidad, que siempre ha tenido la familia, para acomodarse a las múltiples y variadas circunstancias históricas, que le han posibilitado superar todas las crisis motivadas por el cambio, la evolución, y asumir, en cada momento, aquellas funciones que resultaban más necesarias.

Importancia de la familia nuclear

En esta línea, hoy se subraya con más fuerza que nunca la importancia, que conserva en el ámbito psicológico y afectivo, la llamada familia moderna y nuclear. En un mundo tecno-burocratizado, anónimo e impersonal, donde sólo se busca la eficacia de la producción, y las relaciones humanas se superficializan en las grandes masas, el hogar aparece como uno de los pocos espacios donde se puede descubrir la dimensión personal, el contacto cercano, la aceptación amorosa; el sentirse, en una palabra, como persona y no como simple instrumento. La vida, que se desarrolla fundamentalmente en el lugar de trabajo, se ha hecho demasiado inhóspita, y es

necesario otro centro psico-afectivo, de inestimable valor, en el que se pueda encontrar abrigo, reposo y calor, como una compensación a tantas otras frustraciones. La experiencia nos dice — y el dato es altamente significativo — que en todos los momentos difíciles o dolorosos brota una tendencia a estrechar los lazos familiares.

Y es que si el amor es lo único que puede llenar de felicidad el corazón del hombre, el hogar podría ofrecer esta experiencia afectiva, si no de forma única, sí con una fuerza mayor. A pesar de todas sus limitaciones y conflictos, la familia sigue siendo una de las pocas corrientes cálidas de la humanidad.

Por eso, a todos los que ya celebran con gozo su inminente desaparición conviene recordarles que, antes de su muerte, tendrá que desaparecer la vida misma, pues ha sido la institución más permanente, y no parece que sea posible sustituirla por ninguna otra. Su capacidad de resistencia ha sido tan fuerte que "esta afirmación general basta para expresar ya aquí una fundada desconfianza frente a aquellas teorías que, de tiempo en tiempo, predicen su inminente ocaso de la familia y del matrimonio, o que creen poder situar esta época de la disolución en nuestro tiempo"⁹.

La nostalgia de un pasado

Un recuerdo que sirve también para los fatalistas y agoreros de la segunda postura, antes los cambios que amenazan a la vida familiar. No caminamos hacia su desintegración ni aniquilamiento, que debería haberse efectuado hace ya mucho tiempo, si hubieran sido verdad todas las predicciones trágicas que se manifestaron en los siglos anteriores. Resulta instructivo o, por lo menos, bastante curioso leer ahora ciertos escritos y homilías de autores eclesiásticos, denunciando los cambios introducidos en la institución, que la llevaría pronto a desintegrarse. La fuerza y el énfasis, como acontece en estos casos, se pone siempre en una vuelta a lo anterior, sin tener en cuenta que la memoria colectiva, cuando pierde los valores que defiende, corre el peligro de idealizar con exceso todo el pasado. La preocupación por la familia estará siempre justificada, pero el temor ante las nuevas perspectivas parece infundado por lo que hemos dicho con anterioridad, y porque, además, no está exento de otros riesgos más graves.

En efecto, cuando tratamos de robustecer un modelo, que se considera como el ideal más humano y evangélico, existe el peligro de absolutizar lo que, a lo mejor, sólo era una configuración histórica o cultural. El deseo de reducir la familia a este ideal, como único modelo válido para todos los tiempos y todas las regiones, es una grandiosa ingenuidad, y una injusticia para la cultura de cada época y la

(9) R. KONING, *La familia en nuestro tiempo*, Siglo XXI, Madrid 1981, p.7.

idiosincracia de cada pueblo. Han sido demasiadas las formas de vivirlo, en el decurso de la historia, para saber ahora cuál ha sido la mejor, como si pudiéramos aislarlas de los condicionantes que las motivaron, y confrontarlas teóricamente entre sí. Sería tan absurdo como comparar las costumbres sociales o las maneras de vestir, que han existido en cada época, sin tener en cuenta el contexto en el que nacieron. Lo que entonces se consideraba normal hoy resulta incomprensible, y viceversa. Es más, la multiplicidad de modelos familiares aparece hoy presente en el mundo con una gran diversificación, según las condiciones históricas y sociales en las que se encarnan, y sin que sea posible una mayor uniformidad ¹⁰.

Si es difícil esta comparación desde una perspectiva humana, aún más difícil resulta valorar tantos modelos desde una visión evangélica, para saber cuál de ellos se debe adjetivar exclusivamente como cristiano. Son muchas también las enseñanzas de la historia, que deberían servirnos de experiencia, para no tropezar en los mismos escollos.

Sabemos que, durante muchos siglos, los cristianos se casaron como los demás miembros de la sociedad civil, sin imponer ningún tipo de matrimonio, aunque excluían aquellas conductas que consideraban incompatibles con su fe. Aceptaban el modelo básico de familia que existía en cada época, e intentaban vivir esa realidad humana con toda la dimensión religiosa que contiene. Muchos de estos modelos históricos han sido integrados dentro de la praxis cristiana, lo que imposibilita también para optar, desde el evangelio, por uno en concreto como si fuera el único y exclusivo ¹¹.

El estilo de vida cristiano

La opinión que hoy tenemos muchos sobre la especificidad de la ética cristiana, habría que aplicarla al caso de la familia. Frente a los que admiten que la moral cristiana se caracteriza por defender ciertos valores, que no aceptan otros sistemas o religiones, muchos creemos que lo más específico no se encuentra en el área de los contenidos, sino en la motivación por la que ellos se cumplen ¹². La diferencia entre una moral cristiana y unos cristianos que cumplen la moral supone, más que un juego de palabras, una concepción teológica diversa que motiva una u otra expresión.

(10) Para comprender esta riqueza y pluralismo resulta interesante el Documento elaborado por la Comisión "Sínodo 80" de la Conferencia de la OIC (Organizaciones internacionales católicas), sobre el tema de la familia, entre sus miembros pertenecientes a tantas naciones y culturas. Fue publicado en *Lumen Vitae* 35 (1980) 259-274.

(11) Cfr. M. LEGRAIN, *Diversités de cultures et mariage des chrétiens*, *Lumen Vitae* 40 (1985) 207-220.

(12) El tema lo he tratado en *Fundamentación de la ética cristiana en Praxis Cristiana*, vol. I, Paulinas, Madrid 1983, pp. 369-388.

Algo parecido podríamos decir con referencia a nuestro tema. Si ninguno de los modelos existentes ha podido ser considerado como cristiano, sería absurdo esforzarse por defender y fomentar a uno en concreto, como el depositario exclusivo de los valores evangélicos. Aquí también, más que hablar de familia o matrimonio cristiano, sería mucho mejor referirse a los cristianos que se casan y viven en familia, pero no en una familia abstracta y metafísica, sino modelada por toda una serie de elementos — culturales, sociales, políticos, económicos ...— que la diversifican, incluso, como hemos dicho, en una misma época histórica. Son personas que con estilos, a lo mejor diferentes, quieren vivir así a la manera de Jesús.

Hay que luchar contra los muchos intentos por sacar del Evangelio un sistema económico, político o familiar determinado. La revelación no ofrece nunca soluciones concretas y con una validez permanente. Sin embargo, sí es posible encontrar ciertos criterios básicos, que ayuden a corregir conductas inaceptables para el creyente, y aquellas exigencias radicales que deben resplandecer en su vida. La palabra de Dios servirá, entonces, de referencia constante para discernir todo aquello que, en cualquiera de los posibles modelos, constituyen una deshumanización de la persona, un atentado contra la imagen del Reino que nos anuncia ¹³.

La dificultad radica en que, cuando nos acercamos a los textos sagrados, lo hacemos a partir de unos presupuestos ideológicos y culturales vigentes, que nos parecen perfectamente compatibles y hasta confirmados por aquéllos. En lugar de que su anuncio penetre en nuestras estructuras y las purifique de sus elementos anti-evangélicos, hacemos una lectura desfigurada para encontrar una confirmación religiosa de lo que, en ocasiones, no tenía nada que ver con el designio de Dios. Esto explica que se haya aceptado y defendido, como elementos de la familia "cristiana", una serie de criterios y conductas que, condenados por una visión humanista y secularizada, se querían defender con argumentos teológicos y bíblicos ¹⁴.

Lo cristiano no consiste, pues, en mirar con nostalgia hacia un tipo de familia que va desapareciendo, para intentar recuperarlo, como patrimonio de los creyentes. Las circunstancias actuales nos imponen un nuevo estilo de vivir la familia que, como los otros anteriores, encierra valores positivos y negativos. Es inútil impedir el cambio, cuando acontece como fruto de una nueva cultura que respira la sociedad, y que contiene también elementos enriquecedores. Saber aceptar la crisis es un signo de juventud, pues indica que aún existe capacidad de movimiento para seguir andando, y que el cansancio existencial no impide continuar el camino hacia adelante.

(13) J. DUPONT, *Jésus et la famille dans les Evangiles*, Commun. et Liturgie nº 6 (1980) 477-491. J.M. CASTILLO, *La familia y el Evangelio*, Proyección 28 (1981) 35-48. J.A. PAGOLA, *La familia actual interpelada por el Evangelio*, Laicado nº 53 (1985) 7-21.

(14) Ver algunos ejemplos en M. GOMEZ RIOS, *Familia patriarcal burguesa y teología moral. Iluminación histórica del tema*, Moralia, 4 (1982) 275-288. O la recopilación de textos clásicos que hace E. KERNS, *Teología del matrimonio*, Euroamérica, Madrid 1978.

El miedo a morir se manifiesta también en la angustia de perder lo que se consideraba definitivo, y de tener que abandonar, a lo mejor, lo que se había defendido con tanto cariño.

Raíces del conformismo: la fuerza de los hechos

La tercera postura, que se deja llevar por la inercia de los acontecimientos, me parece también condenable, porque manifiesta, en el fondo, una actitud demasiado cómoda y fatalista, como si la única solución, para evitar esfuerzos y conflictos, fuera la connivencia o la derrota sin condiciones. Las causas de este conformismo e impotencia tendrían, entre otras, estas posibles explicaciones.

Muchos tienen el convencimiento de que resulta absurdo enfrentarse a los hechos sociológicos, que se imponen con una fuerza imposible de controlar. Cuando la sociedad se orienta masivamente hacia nuevas pautas de conducta, defiende determinados criterios, o valora de manera distinta las situaciones, no cabe otra alternativa que la resignación. Su influjo es tan impetuoso que nadie puede oponerse a su paso, como nadie se enfrenta a una inundación para detener el agua desbordada. La realidad destruye sin compasión cualquier utopía, haciéndola absurda e inútil.

De esta manera, la ética o el evangelio pierden por completo su función orientadora en la vida, y quedan reducidos a la simple ceguera de los hechos; la pura praxis se convierte en norma, olvidando los valores humanos y cristianos que deberían regular. Una explicación positivista que sirve para justificar, aunque no se pretenda, la inercia y pasividad de algunos.

Si antes decíamos que era absurdo oponerse al cambio, nos referíamos a otra dimensión más profunda. La sociología, aunque no tenga una fuerza normativa, sí puede revelarnos la existencia de otras convicciones latentes, que explican razonablemente la evolución de las costumbres. Aun aceptando la posibilidad de que la masa sea manipulada y que su conducta no responda a exigencias humanas, sino a otros intereses ajenos a su progreso moral, la praxis no siempre se explica por el engaño, la perversidad, la fragilidad o el pecado. Si los hechos no tienen poder para cambiar la moral o imponer un criterio determinado, sí ofrecen, con frecuencia, una racionalidad oculta, que justificaría un re-conocimiento de los datos tradicionales.

Por debajo de un comportamiento o manera de actuar, puede encontrarse la existencia de ciertos valores, que se comienzan a intuir como mejores que los expresados con anterioridad. Lo importante no es, pues, la simple facticidad, sino la fuerza interna de la motivación que la impulsa. Cuando ésta se da, sería un error oponerse a ella, ya que terminaría imponiéndose por el peso de su racionalidad oculta, aunque todavía no se haya explicitado; lo mismo que sería también una equivo-

cación el abandono a nuevos estilos, que nacen de otra dinámica diferente¹⁵. La necesidad del discernimiento se impone, como una condición ineludible, para valorar, también desde la fe, lo que resulta mejor para el hombre en esta nueva situación cultural, que no es precisamente la que vivieron nuestros mayores.

La presión del ambiente y la despreocupación

Hay que reconocer, sin embargo, la incapacidad del individuo para luchar contra un ambiente que, a veces, desborda. El sujeto de nuestra sociedad, programada y definida por influjos mayores, tiende a desaparecer en la insignificancia e incapacidad. Hoy no es posible imponer una determinada concepción dentro del pluralismo existente y con la tolerancia propia de una verdadera democracia. La misma legislación civil permite, como hechos aceptables, formas de actuar que hieren la sensibilidad cristiana. Los desafíos éticos, que presentan las nuevas culturas e ideologías, son demasiados complejos y poderosos para una respuesta inmediata y eficaz. Y esto provoca en muchos una visión excesivamente inhibida y fatalista, que les hace sentirse impotentes. El problema estaría relacionado con el otro más general sobre cuál sería el papel del cristiano en nuestro mundo, y la metodología concreta de evangelización. Pero de cualquier manera, todo camino que lleve a la atonía, o que fomente un mayor "quietismo", habría que descartarlo. De lo contrario, la moral y la fe correrían el riesgo de convertirse en un mero lamento condenatorio, o en una simple retórica de academia.

Si no sabemos muchas veces valorar la situación, nos sentimos incapaces de enfrentarnos con toda la problemática que rodea a la familia, o desconocemos las formas concretas de actuar, se debe, en gran parte también, a la despreocupación e ignorancia sobre estos problemas. El hombre no se encuentra programado, como lo están los animales, para ser dirigido por las leyes e instintos biológicos. La mayor complejidad de su psicología, la importancia del mundo afectivo, la maleabilidad de toda su estructura queda regida por otros mecanismos diferentes, cuya importancia y funcionamiento se ignoran. El oficio de padre o de cónyuge no se aprende por simple espontaneidad. Si para cualquier cargo o profesión hoy se exige una preparación técnica o una carrera, para las muchas responsabilidades de la familia y del matrimonio, todo se deja a la buena voluntad, que únicamente sirve cuando no existen otras dificultades o conflictos. Muchos fracasos en la educación y en las relaciones conyugales hubieran podido superarse con un conocimiento mayor de la psicología humana.

(15) E. LOPEZ AZPITARTE, *La moral popular en la reflexión ética del teólogo*, Proyección 29 (1982) 183-198. P. REMY, *Les faits Interpellent le théologien*, Rev. Droit Canon. 32 (1982) 18-34. Y el interesante número sobre *Morale et transgression*, Supplément n.º 140 (1982).

Superación de la crisis: constatación de la realidad

Cuando Toffler nos habla sobre el "shock" del futuro, en el campo de la familia, apunta las dos opiniones extremas. Los pesimistas que anuncian su desaparición, pero sin decir cuándo acaecerá, y los optimistas que profetizan una nueva edad de oro: "Es posible que ambos contendientes se equivoquen. Pues el futuro es más abierto de lo que aparece. Es posible que la familia no se extinga ni entre en una nueva edad de oro. Puede ser —y esto es mucho más posible— que se rompa, que salte hecha añicos, pero que vuelva a juntarse de un modo nuevo y fantástico" ¹⁶. El diagnóstico podría discutirse —¿ruptura o evolución?—, pero la crisis es un hecho, y frente a ella tampoco vale cruzarse de brazos. ¿Cómo responder, entonces, a este desafío?

El punto de partida debería ser una constatación lo más objetiva posible de la realidad. "Convendría aconsejar a los teólogos y sociólogos impacientes, por dar una respuesta ante el supuesto declive de la familia, que comprobarán sus datos antes de pronunciarse" ¹⁷. Y resulta altamente significativo que los sociólogos, a través de las numerosas encuestas que se han realizado, tienen una visión optimista sobre la familia. Los datos recogidos en muchos ambientes no fundamentan las profecías de unos sobre su próxima muerte, ni el pesimismo aterrador de otros sobre su futuro.

Tal vez el estudio más amplio se ha basado sobre 17.000 personas interrogadas en Europa y EE.UU. para saber su opinión en torno a una serie de puntos relativos a la familia ¹⁸. Y lo curioso es constatar que, en los países latinos católicos —Italia, España y Francia—, es donde el índice de respuestas negativas alcanza un nivel superior. Si en los países escandinavos sólo un 14% está de acuerdo en que "el matrimonio es una institución superada", en aquéllos se eleva al 24%. Frente al 10% de los que admiten una libertad sexual sin ninguna restricción entre los nórdicos, la Europa más católica sube hasta el 26%. Y la proporción de personas, que se encuentran satisfechas en casa, es superior en todas partes —más todavía en los países nórdicos— a las que encuentran su felicidad en el trabajo o en el dinero.

(16) A. TOFFLER, *El "shock" del futuro*, Plaza-Janes, Barcelona 1971, p. 254.

(17) A. M. GREELEY, *Presentación*, *Concilium* n.º 141 (1979) 6.

(18) La encuesta fue realizada por European Value Systems Study Group. Una síntesis de 9 países europeos se publicó en J. STOETZEL, *Les valeurs du temps présent: une enquête européenne*, PUF, París 1983. Un estudio interesante de estos datos puede verse en M.P. DELOOZ, *La famille dans le monde*, *Supplément* 33 (1980) 519-529 y *Preparer au mariage: approche sociologique*, *Lumen vitae* 40 (1985) 140-149. Esta apreciación optimista aparece también en la familia española: "según datos de encuesta referidos al año 1980, el 89% de personas casadas se sienten muy o bastante satisfechas del afecto existente entre ellas y sus cónyuges respectivos", *La familia española en cambio: Elementos preparatorios de un Libro Blanco de la familia*, Ministerio cultura, Madrid 1981, p.16.

Explicación de algunos datos: divorcio y conflictos matrimoniales

El fenómeno mismo del divorcio, que ha aumentado de forma elocuente en muchas naciones, no tiene por qué considerarse, viéndolo desde otro punto de vista, como una señal de alarma contra el porvenir de la institución. De hecho, la mayoría de los divorciados se casan de nuevo y fundan otro hogar. Lo que significa que para ellos el fracaso no ha sido de la familia en general, sino de esta pareja en concreto. Y hasta los que no se han querido casar, porque rechazan la institucionalización de su amor, terminan por hacerlo más adelante, o se piensa en la posibilidad, como ya sucede en algunas naciones, de darles un cierto *status* jurídico a los que viven juntos para que puedan gozar de otros derechos sociales.

Esta crisis de la pareja —más llamativa hoy también que en épocas anteriores— no constituye tampoco un síntoma mortal. Los problemas, aunque tal vez en menos escala, han existido siempre, pero quedaban mucho más ocultos por la fuerza de la institución, y por las presiones sociales que obligaban a mantener una aparente tranquilidad. En diferentes ocasiones he oído comentar a personas mayores que, si en otros tiempos se hubieran dado las circunstancias actuales, no hubieran aguantado lo que tuvieron que sufrir en su matrimonio.

Por otra parte, parece lógico el aumento de estos conflictos matrimoniales, si tenemos en cuenta la importancia de algunos elementos actuales, que hacen más difícil la relación. Los sociólogos constatan que una de las características de la evolución actual reside en la disminución progresiva del aspecto institucional, que comprometía públicamente a la pareja y regulaba sus comportamientos sociales, como la dimensión primera y más importante; mientras que ahora se otorga la primacía a la comunión afectiva de los cónyuges como camino para la felicidad. Buscar este tipo de relación exige una maduración y equilibrio que no eran tan necesarios, cuando todo estaba regulado para la procreación y el bien de los hijos como objetivo primario. En estas condiciones, si el matrimonio no responde a estas expectativas más psicológicas y personales, mantenerse fiel, que antes quedaba protegido por el valor de la institución y la presencia de los hijos, aparece hoy como un enemigo de la felicidad. Como además la sociedad de consumo nos educa desde pequeños a satisfacer las múltiples necesidades artificiales, que ella misma nos crea, el hombre moderno se siente cada vez más incapacitado para reconciliarse con la frustración. Si algo no le sirve, lo mejor es cambiarlo. Por eso, ya se estudia la forma de preparar a los hijos para el divorcio de sus padres, como uno de los elementos indispensables en la educación ¹⁹.

(19) J. CASTILLO, *Los hijos de la sociedad de consumo española*, Rev. esp. invest. sociol. n.º 17 (1982) 39-51.

Los nuevos condicionantes del hogar

Una dificultad nueva se une a la anterior. La edad media de vida ha aumentado de tal forma que la convivencia matrimonial supera ya, en los países desarrollados, los 35 años ²⁰. Es evidente que la permanencia de una relación se hace más difícil, sobre todo, cuando desaparece la preocupación por los hijos y la actividad profesional, que podrían encubrir otros conflictos latentes. Al cabo de muchos años, marido y mujer se encuentran de nuevo solos, el uno frente al otro, sin apenas nada que decirse, al no tener otras distracciones y tomar conciencia de la lejanía que los separaba. El índice mayor de divorcios, según las encuestas, se da justamente en los primeros años de matrimonio o durante esta etapa final. Para algunos observadores, esta ruptura tardía viene a desempeñar el mismo papel que antes correspondía a la muerte. Es una época en la que el vínculo amoroso se densifica con una hondura mayor, o se debilita por no existir un verdadero cariño ni otras motivaciones externas.

El nuevo tipo de relación entre los cónyuges y con los hijos ocasiona también ciertos desajustes, que son necesarios armonizar. El papel de la mujer en nuestra sociedad, las mayores diferencias generacionales, el influjo más importante de otros elementos ajenos a la familia, el rechazo del autoritarismo que lleva a una simetría mayor entre todos los miembros etc. ²¹ plantean situaciones inéditas a las que no estábamos habituados.

Conclusión

Con esto no quiero negar la existencia de crisis y conflictos en la familia. Se trata simplemente de no exagerar con exceso, de comprender las circunstancias actuales que dificultan la aparente mayor armonía de otras épocas, y de evitar aquellas posturas que impiden una adecuada solución. Sin embargo, los problemas, sobre los que hoy se necesita una seria reflexión, existen. De ellos hablaremos en otra ocasión.

Eduardo López Azpitarte

(20) T.A. SULLIVAN, Longevidad y relaciones de por vida. Exégesis de un cuadro de edades, Concilium n.º 141 (1979) 23-37.

(21) L. LOPEZ-YARTO, Autoridad, autoritarismo, permisividad, educación dentro de la familia, Laicado n.º 53 (1981) 57-69. T. LOPEZ CABRAL, Mujer creciente ¿pareja menguante? Sal Terrae 73 (1985) 27-35.